This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

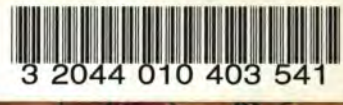
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Baz - Celos de Mujer - 1876

SAL
1527
1 · 35



SAL 1527.1.35

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894

CELOS DE MUJER

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

GUSTAVO BAZ

Representado por primera vez en el Teatro Principal,
la noche del 2 de Marzo de 1876.

MEXICO.

IMPRENTA DEL «ECO DE AMBOS MUNDOS»
CALLEJON DE SANTA CLARA NUM. 10.

1876.

SAL 1527.1.35

HARVARD COLLEGE LIBRARY
NASH FUND
Apr. 6, 1931

Esta obra es propiedad del autor, segun la ley.

Antes de dar á la imprenta este drama se ha corregido segun las indicaciones de la crítica severa y justa de que fué objeto. El autor ha quedado tan satisfecho de este triunfo sobre sí mismo, como de los aplausos que un público benévolo le prodigó en la primera representacion de su obra.

PERSONAGES.

LEONOR CERVANTES.	SRITA. C. PADILLA.
HERNANDO DE VALDIVIEZO.....	SR. E. GUASP DE PERIS.
DON PEDRO DE VALDIVIEZO.....	SR. FELICIANO ORTEGA.
GIL GONZALEZ DÁVILA.....	SR. FEDERICO ALONSO.
UN CAPITAN.....	SR. CLAUDIO LOSCOS.
CRISTOBAL.....	SR. MANUEL ARANDA.

LA ACCION EN MEXICO.—SIGLO XVI.

ACTO PRIMERO.

Sala modesta.—Puerta al fondo y á la izquierda.—Ventana á la derecha.—Es de noche. . . .

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO sentado, LEONOR en la ventana, CRISTOBAL en el fondo.

LEONOR.—Nada padre, no se escucha ni un ruido, ni una pisada que calme nuestra inquietud; oscura está la noche, la ciudad parece envuelta en funerario manto.

PEDRO—Ven Leonor, ven à mi lado. Ocupa tu pobre huerfana, el sitio que deja vacio la ingratitud y el despego de un hijo.

LEONOR—Hernando ingrato! y por qué padre?

PEDRO—Ingrato no, sino atolondrado mozo.

LEONOR.—Ya es costumbre en él llegar tarde.

PEDRO.—Y propia de sus años, ¿pero ha olvidado acaso que en noche como esta tiene su padre la añeja costumbre de rezar per los muertos; olvida que dando tributo al llanto, evoco hoy las sombras de mis mayores y vuelvo à ser bajo la modesta techumbre de mi hogar, uno de los últimos caballeros de Castilla? Cristobal.

CRIST.—Señor.

PEDRO.—Tú si que te acuerdas de aquel dia, no es cierto, mi viejo amigo.

CRIST.—Cómo no acordarme?... El dia de Villalar, fué mi último dia de soldado.

PEDRO.—Y el mio tambien. Cayeron en él las libertades de mi patria, las cabezas de sus mas preclaros varones, y con ellas tambien mi valor y mi entereza... Te acuerdas, Cristobal, como nos perdimos llenos de entusiasmo entre el humo de los arcabuces y el polvo de la caballería; cuando Padilla, apellidando *libertad y fueros* se lanzó como impetuoso torrente, sobre la infantería tudesca?... Cuàntos á nuestro lado cayeron!... Lloras?... sí, llora amigo mio... Desde entónces año por año en semejante dia, vuelve la patria ausente á mi memoria y siento revivir mi estinguido ardor. Tu padre Leonor, tu padre, el compañero de mi destierro, el que conmigo vino á Nueva España á ocultar su nombre y á llorar pesares, me acompañó en esa rota inolvidable; tu padre tambien lloraba conmigo cuando llegaba este fúnebre aniversario.

LEONOR.—Para qué atormentaros, para que atormentarme á mí. Rompame mi padre el cielo, otro encontré en vos tan dulce y tan cariñoso como aquel.

PEDRO.—Juntos vinimos á esta tierra, proscriptos de la de nuestros mayores, en ella vimos nacer á nuestros hijos y olvidamos sueños de gloria, pasadas grandezas y perdidas libertades; juntos en ella, rezamos en otras noches como esta, por los que á nuestro lado murieron peleando como buenos... y jamas en la noche de Villalar, como la llamábamos en el dulce lenguaje de la amistad, ni tú ni Hernando estaban ausentes, que fueron las cunas de nuestros hijos el altar de nuestros recuerdos.

CRIST.—Hoy, mas que nunca es mayor vuestra pena.

PEDRO.—Me falta Hernando.

LEONOR.—Ya su tardanza me inquieta.

PEDRO.—A ti también, hija mia? No es cierto que quieres mucho á mi Hernando?

LEONOR.—Y él á mí.

PEDRO.—Plegue al cielo que sea vuestra union tan placentera á Dios, como lo es á mí... pero Hernando no llega....

CRIST.—No temais señor, acompáñanlo siempre hasta la puerta los hermanos de Avila.

PEDRO.—Cumplidos y nobles caballeros á fé mia aunque algo ligeros de seso.

LEONOR.—Dicen padre, que los caballeros de Avila, andan en constantes amoríos, que México entero es el teatro de sus femeniles conquistas.

PEDRO.—Hija, no des oidos á la fama, que es la fa-

ma las mas veces, engendradora de malas opiniones. ¿Pudieras acaso desconfiar de Hernando?

LEONOR.—No, padre.

PEDRO.—No debe dilatar, ¿no es cierto? Mientras llega, ven Cristobal conmigo, juntos repasaremos antiguos tiempos, ya que los recuerdos son el único y tibio sol de la vejez..... Vamos.... Tú, Leonor, avisa cuando llegue Hernando.

ESCENA II.

LEONOR (á la ventana).

Pecho mio desahógate, ya puedes latir inquieto sin temor de que se conozca tu pena y tu dolor... ¿Qué es de Hernando? Por qué así con incomprensible desvío huye de mi lado, y no cual antes me acompaña en las veladas, mas que como rendido amador, como tierno y dulce compañero... ¿Me olvida Hernando? quizás un nuevo amor?... No, no, imposible... pero esa amistad.... esa union con fementidos galanes y falsos amadores... ¡Dios mio! ¡borra esta sospecha de mi mente! Lágrimas mias, corred, corred, y llevaos en vuestra muda corriente mis celos y mis dudas!.... Siento ruido será él... sí, él es... Gracias, Vírgen Santa!

ESCENA III.

LEONOR Y HERNANDO (precipitado).

HERN.—Leonor.

LEONOR.—Alma de mi alma! Hernando mio!

HERN.—Escucha...

LEONOR.—Padre está enojado.

HERN.—No le digas que estoy aquí... necesito albergar por breves instantes á un noble caballero. A nadie digas que he llegado.

LEONOR.—Pero!..

HERN.—Por nuestro cariño te lo pido.

LEONOR.—Pero tú me prometes...

HERN.—Sí, todo...

LEONOR.—Me prometes oir mis quejas... mis quejas no, mis suplicas.

HERN.—Sí... retírate.

LEONOR.—Hasta despues, Hernando.

ESCENA IV.

HERNANDO Y GIL GONZALEZ.

HERN.—Entrad mi noble amigo.

GIL.—Gracias al cielo que nos vemos libres de molesta compañía. Ni en casa de mi hermano, ni en la calle hemos podido hablar un solo instante.

HEN.—Nunca creí conveniente disimular nuestros proyectos con bulliciosas fiestas.

GIL.—Es tal vez el único medio de que no conozcan nuestros enemigos, ni nuestros deseos, ni nuestros planes.

HERN.—Lo que es aquí nadie nos interrumpirá ¿Tenias que hablarme?

GIL.—Sí. El leon dormido despierta, cobardes delaciones han preparado á la audiencia.

HERN.—Y los golillas os inspiran miedo?

GIL.—Jóven sois, y como jóven valiente y animoso; pero no bastan noble propósito, ni justiciero fin para lograr generosos intentos.

HERN.—Desalentado andais, Gil Gonzalez de Avila.

GIL.—No desalentado, sino prudente, Hernando de Valdiviezo. Célanos la audiencia, perseguíranos mañana y si caemos no debemos esperar compasion.

HERN.—Pero qué es lo que os arredra de ese modo?

GIL.—Bien sabeis Hernardo, que mi hermano y yo hemos sido de los primeros en esta demanda. Mas que con entusiasmo, con profunda fé, abrazamos la idea grande y generosa de hacer de Nueva España, una monarquía independiente y digna de los héroes inmortales que la conquistaron.

HERN.—Sí, y de revindicar los ultrajados fueros de la nobleza castellana, hundídos para siempre en España.

GIL.—Y de libertar á este reino de la tutela de monarcas imbéciles ó malvados.

HERN.—Noble proyecto á fé mia; digno de vosotros los soldados del inmortal Cortes.

GIL.—Y de vos tambien ya que por vuestras venas corre la sangre de los nobles Tlaxcaltecas y de los últimos caballeros de Castilla.

HERN.—Pero vuestro temor me asombra. ¿A quién en Nueva España deja de interesar nuestro triunfo? Para los proscriptos de Castilla es la esperanza de recobrar sus ultrajados fueros, para los indios el fin de un ominoso yugo y para todos la conquista de una patria. Vano es nuestro temor, importúna vuestra prudencia.

GIL.—Saben ya los de la Audiencia nuestros intentos de rebelion, no es para ellos un secreto que el dia de San Hipólito, en la fiesta del pendon debiamos proclamar la indendencia de Nueva España y proclamar su rey al hijo de Cortés; pero si la persecucion se desata como temo, cobardes huiran unos, los que por ambicion entraron se convertirán en traidores; esta es la historia de todas las rebeliones, acordaos del trájico y sangriento fin del inmortal Padilla.

HERN.—Pero quedarán los de ánimo valiente y esforzado.

GIL.—No contamos con mas seguro apoyo que con los franciscanos, de gran influjo entre los indios, y con el Cabildo que representa el voto de la ciudad. Velasco, flaco de ánimo, no nos inspira confianza.....

HERN.—¿Dudais de Velasco?

GIL.—El hijo del ilustre prócer que mereció el dictado de padre de los indios es un ambicioso vulgar, y es la ambicion vulgar madre de traiciones.

HERN.—¿Y que vais á hacer? Desistiriais acaso?

GIL.—Oh! no! La lucha es ya un deber para nosotros; por eso os requiero en vuestro solitario hogar. Decidme Hernando ¿amaís la vida?

HERN.—Brilla la vida para mí á la tranquila luz de un hogar bendito, al calor del cariño de amantísimo padre, à los reflejos del primer amor.

GIL.—Y tanta dicha pudiera olvidarla vuestra ambicion de gloria?

HERN.—No comprendo la dicha sin la honra de la gloria.

GIL.—Digno sois entonces de figurar entre los enemigos de Felipe II. Oidme Hernando: los parciales del marqués acudiremos mañana á Chapultepec. Allí en bulliciosa fiesta dada por mi hermano Alonzo, festejaremos á los hijos del gran conquistador.... Irán todos los nuestros, los golillas mismos...

HERN.—Iràn los de la Audiencia!

GIL.—Sí pero no volveran à la ciudad.

HERN.—Ya comprendo....

GIL.—Acudid vos, que si caemos...,

HERN.—No será sin luchar, os lo juro.

GIL.—He aquí lo que tenia que deciros. No era prudente hacerlo en oscura noche y solitarias calles, que es la brisa indiscreta como mujer y suelen las sombras de decierta callejuela ocultar innobles espionajes.

HERN.—Vuestra prudencia alabo.

GIL.—Ahora me retiro. Talvez mi señor vuestro padre os espere con inquietud, y no quisiera que llegase á sospechar....

HERN.—Oh, no! Para qué amargar su corazon doblado al peso de los años y de las tristezas?

GIL.—Con Dios quedad Hernando, hasta mañana.

HERN.—Él nos proteja, hasta mañana.

ESCENA V.

HERNANDO.

Mañana, sí!.... Tu me perdonarás padre mio; pero la sangre que me diste es la misma que enrojeció los campos de Villalar. Mi demanda es digna de tí, padre, de tí que hiciste de la proscripcion y de la soledad de tu vejez el mas noble de los altares humanos, el altar del martirio.... ¿Y Leonor? ah! Leonor mia, estrella y luz de mi existencia.... tuya fué la vida que me anima, tuyos mis pensamientos desde el dia en que tu corazon latió por mí.... pero mi honra no.... mi espada y mi concíencia son de Dios y de mi patria.... Tú tambien me perdonarás.....

ESCENA VI.

HERNANDO, LEONOR.

LEO.—Hernando mio!

HERN.—Leonor.

LEO.—No te basta estar ausente de mí largo tiempo,

sino que traes aquí á la amistad para que me dispute tus dulces pláticas.

HERN.—Perdóname; no podia desairar al noble caballero Gil Gonzalez de Avila.

LEO.—Avila! Ah, ya comprendo tu desvío.

HERN.—Qué quieres decir?

LEO.—Que tu no eres el mismo.....

HERN.—Tu deliras. Si es tu cariño el fanal de todas mis esperanzas. Cómo variar si esta dulce costumbre en mi niñez, tierna afeccion en mi infancia, simpatía irresistible en mi adolescencia; pasion intensísima y ardiente en mi juventud, forma parte de mí ser, es mi ser mismo.

LEO.—Y porque huyes de mí.

HERN.—Yo, Leonor, no huyo de tí.

LEO.—Sí, Hernando, antes en estas largas veladas tú nos acompañabas, antes juntos tu y yo consolábamos las tristezas de padre, y á su lado nos hablàbamos con el lenguaje mudo y elocuente de los ojos, mientras de sus lábios oiamos añejas historias. y luego.... luego Hernando, sellados nuestros lábios por la emocion, unidas nuestras manos, despues de hacernos dulces y tiernas confidencias, saludábamos desde esa ventana la naciente aurora cuando con carmínea luz comenzaba á vestir de púrpura los volcanes, y nuestro último beso se confundia con la primera nota del pàjaro cantor, que despertaba en su palacio de hojas!

HERN.—Ahora como entónces, te amo, te sigo amando como el dia aquel, en que à las orillas de nuestro pátrio lago, al pié de copudo y enhiesto árbol, nues-

tros labios juraron en silencioso y apasionado beso un amor eterno.

LEO.—Tu me olvidas, tu no nos acompañas ya en las veladas, tu sales de casa y ocultas á padre tus salidas, tu no me haces ya tiernas confidencias y en tus labios vaga siempre un nombre maldecido.

HERN.—Un nombre! Cuál?

LEO.—El de los caballeros de Avila, galanes sin conciencia, fementidos amadores!

HERN.—Hónrame Leonor su amistad y nunca la empañaron con pérfidos consejos.

LEO.—Tu semblante revela una mal disimulada inquietud; prolónganse cada dia mas tus ausencias y con ellas mis martirios. ¿Qué te pasa Hernando? ¿En qué misterío se envuelve tu existencia?

HERN.—Es tu temor infundado, infundadas tus sospechas. Si hay en mi alma dolores, si alguna vez el hastío ha envuelto con su pavoroso manto mi espíritu, si la sed de gloria ha despertado en mi corazon el deseo de otra vida, el estruendo de otra existencia menos monótona.... tu imájen adorada ha bastado Leonor mia para aliviar mis dolores, para ahuyentar mis hastíos, y refrenar mi ambicion.

LEO.—¿Y por qué entonces, mudos tus labios, me callan la pena que dénuncian tus miradas?

HERN.—Que pena pudiera yo tener mientras me pertenezcan tu alma y tu albedrío.

LEO.—Y cómo explicarme entónces tu continuada ausencia?

HERN.—No impidas Leonor con quejas infundadas

que rinda à mi linaje las sociales exigencias.... sobre todo nada digas á padre.

LEO.—Padre està enojado.... ¿Olvidaste qué dia es hoy? Esta noche la consagra á tristes recuerdos.

HERN.—Cierto es, lo olvidé..... Tú calmaràs su enojo.

LEO.—Quiere verte.... encargó que le avisase cuando volvieras.

HERN.—Avísale, Leonor.

LEO.—No, todavía no. Quiero que me digas.... quiero hablar contigo.... quiero saber por qué tan pensativo vuelves todas las noches.

HERN.—Yo pensativo.... no, Leonor.... pero avísale á padre. Tal vez inquieto....

LEO.—Sí, le avisaré, nada le diré de mis penas tampoco, pero exijo de tí....

HERN.—Qué?

LEO.—Que no salgas esta noche.

HERN.—Esta noche!.... si te lo prometo.

LEO.—Gracias, mi Hernando.... vuelvo.

ESCENA VII.

HERNANDO solo. LEONOR, PEDRO Y CRISTOBAL á poco.

Esta noche sí.... gozaré una vez mas de su amante plática, calmaré sus cuidados. Ah! Leonor mia; tú no puedes adivinar, cuánto esfuerzo hubo menester

mi alma para no ceder al encanto de tu tranquilo amor, para huir de tu lado, para renunciar á tus caricias antes de entrar en esta ruda y cautelosa demanda.

LEO.—Sí, padre, ha llegado. (*Saliendo.*)

CRIST.—Aquí està.

HERN.—Señor y padre.

PEDRO.—Alza Hernando. Bien por cierto esquivas tu presencia en esta casa. ?Olvidaste hoy que tu viejo padre tiene la costumbre de celebrar un triste aniversario y rezar en él por los muertos?

HERN.—Perdon, señor, pero la amistad imprudente me retuvo.

PED.—Comprometido te viste? Y quién así te obligó?

HERN.—Asistí hoy à la casa de Alonzo de Avila y hubo de ser tal su fineza que su hermano Gil me acompañó hasta casa.

PED.—Ilustres amigos tienes á fé mia. Amigos son tambien, y aún hónraseles con el título de agentes del Marqués del Valle de Oajaca.

HERN.—Agentes decis?

PED.—Sí, asegúrase que es la casa de Cortés, el centro de descontentos y parciales; que se murmura allí de la Audiencia y aún del Rey Felipe II y que son los de Avila de los mas fogosos. Tal vez tu, mejor informado.

HERN.—Señor, á la verdad disgustados se muestran de la Audiencia, conduélense de la suerte de los indios, y rinden tributo á la gloria del gran conquistador, en la persona de sus hijos.

PED.—Palabras, vanas palabras hijo mio. Que en esas pláticas selle la prudencia tus labios, nunca Her-

nando, nunca dé tu lengua alas á locos pensamientos. *(ruido adentro.)*

CRIST.—Llaman, señor.

PED.—Raro es á fé mia á estas horas, mira quién es y dále entrada. *(sale Cristobal.)*

HERN.—Quién podrá ser.

CRIST.—Es el caballero Gil Gonzalez de Avila, que pide vuestra vénia para entrar, *(volviendo.)*

PED.—Qué entre pues.

HERN.—(Avila.)

LEO.—(El!)

ESCENA VIII.

DICHOS. GIL GONZALE.

GIL.—Perdon, mi señor, si á esta hora os incomodo.

PED—Bien venido seais y mandad lo que gusteis

GIL.—Venia á requerir á Hernando para que acompañase á un caballero, amigo suyo, á divertir sus insomnios *(á Hernando)* (nuevas fatales, os necesito).

HERN.—(Dispuesto estoy). *(á Avila).*

LEO.—(ap.) (Qué he oido!)

GIL.—Si es de vuestro agrado.

PED.—Deber es suyo el complaceros, si á requerirlo venis.

HERN.—Dais vuestro permiso, señor y padre?

LEO.—*(á Hernando)* (Hernando vas á salir)
HERN.—*(á Leonor.)* (Sí).
PED.—Hijo mio, id.
GIL.—Gracias señor.
LEO.—(Hernando, Hernando (por nuestro amor).
HERN.—(No puedo.) Adios padre.
LEO.—(Así cumples tu promesa).
HERN.—(Leonor perdóname)
GIL.—El cielo os guarde.
PED.—El os proteja.

ESCENA IX.

DICHOS, menos HERNANDO Y AVILA.

LEO.—(Se va, y con él)
PED.—Cristobal, hija.... notasteis el semblante de Avila.
LEO.—Sí. (La duda me mata)
CRIST.—Pálido y ceñudo.... ¿quereis que los siga?
PED.—Oh!.... no! (*indignado.*)
LEO.—(ap). (Yo sí lo seguiré!) (*Telon rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Galería en casa de los hermanos Avila.—En el fondo columnata corrida con escalera en el centro y puerta en el último término.—Ventana á la derecha, puerta á la izquierda.—Mesa y muebles de la época.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GIL GONZALEZ Y HERNANDO bajando por el fondo.

GIL.—Aquí podemos hablar sin temor de importunos tertulianos, de pláticas molestas y galanas atenciones.

HERN.—Fatigaba mi espíritu aquella bulliciosa algazara.

GIL.—Estais triste Hernando?

HERN.—No sé que terrible pensentimiento me hace temblar.

GIL.—Bastante os conozco para creer que el te mor....

HERN.—Eso nunca, Gil Gonzalez, no saben temer los hijos de los comuneros de Castilla.

GIL.—Recuerdos de amor tal vez?

HERN.—(Oh!)

GIL.—Y que mucho que ameis si es el amor, sol de la juventud, aliento y vida de levantados corazones.

HERN.—Amo sí. En el negro y oscuro velo de nuestra proscripcion, brilla una estrella tan dulce, tan límpida, tan serena como la que brilla entre el manto de la noche, sobre la soledad de los mares.... pero no creais que sus destellos hacen vacilar mi alma, ni torcer mi rumbo.... A la luz de esa estrella, era mi vida tan apasible y tranquila como la superficie de los lagos que arrullaron mi infancia con sus brisas... y yo anhelaba la lucha de la tempestad, el combate de los vientos y las olas. Se ha desatado ya para nosotros la tormenta y mi espíritu ve eclipsarse aquella luz bendita.... Cómo no he de estrañar su cariñoso reflejo, si fué rayo de consuelo para mi padre, fanal de esperanzas para mí.... pero no supongais que el temor me invada el pecho, ¿qué es la vida al ténue cintilar de una estrella, si la vida solo se engrandece á la luz del sol....? y nosotros buscamos el sol de la libertad y de la patria.

GIL.—Noble teneis el alma, levantado y animoso el pecho.... pero es necesario que olvideis dulzuras de

hogar, caricias de padre, ternezas de amor. Hernando vuestra lealtad me abona....

HERN.—Os juré ser leal y siempre cumplí mis juramentos como bien nacido.

GIL.—Oidme: no se redimen los pueblos con fútiles murmullos; no se llega á la cima de generosas empresas soñando amores.

HERN.—Que quereis decirme?

GIL.—Que à vos el bueno, el leal, el animoso, voy à confiar la salvacion de nuestra empresa.

HERN.—Hablad, la impaciencia me devora.

GIL.—Estamos casi perdidos.

HERN.—Qué escucho! seguid.

GIL.—Para eso os traje á esta solitaria galería.

HERN.—Por Dios, acabad.

GIL.—Los golillas lo saben todo, que contamos con el apoyo de los franciscanos y con el cabildo; que en nuestra casa se rinde vasallaje al hijo de Cortes à quien en la fiesta del pendon debiamos proclamar monarca, y lo que es mas....

HERN.—Qué saben?

GIL.—La proyectada fiesta de Chapultepec.

HERN.—Y temerosos sin duda....

GIL.—Intentan un golpe de mano sobre nuestras personas.

HERN.—Y os vais á ocultar?

GIL.—No, sino hasta el último momento. La difícil situacion en que nos encontramos mi hermano Alonzo y yo, nos obligan á conciliar la audacia con la prevision.

HERN.—Pero es preciso contrarestar el peligro.

GIL.—En el caso de que esta noche los de la Audiencia nos mandaran prender, seriamos avisados por los nuestros que vigilan la calle.... Vos conoceis la señal.... estad desde esa ventana atento á ella.... al oirla entrareis en esa galería subterranea; seguid por ella, en su medio vereis una rendija de luz, os hallareis debajo del piso de la sala en que Alonzo y yo estaremos con el Dean, con Pimentel y Ponce de Leon, repetid entonces la señal.

HERN.—Y esa galería ¿adónde conduce?

GIL.—Al patio de la casa contigua. Nosotros saldremos á ella por diferente y secreto camino.

HERN.—Y despues?

GIL.—Iremos á San Francisco y allí concertaremos un nuevo plan, un proyecto cualquiera.

HERN.—Fiad en mi.

GIL.—Sí, Hernando, en vos únicamente confío. Ahora me retiro, tal vez notarian mi ausencia.

HERN.—Id tranquilo.

GIL.—Con Dios quedad.

ESCENA II.

HERNANDO, solo en la ventana.

Noche! oscura noche! mientras bajo tu manto se cobijan vulgares amadores, sirves tambien de guarda á generosos propósitos. Sueñan todos entre tus som-

bras, el criminal esperando el logro de su infamia, los amantes la prometida cita, los guerreros la cercana lucha y los ànimos valientes y esforzados el dia de la revindicacion!

¡Cuántas veces à la pálida luz de tu arjentada reina, soñé en dichas de amor! ¡Cuántas me viste en mi tranquilo hogar gimiendo en la monótona paz de una existencia sin horizontes, ni porvenir, y hoy.... hoy tus sombras son tal vez el preludio de una alborada.... la alborada de la gloria!

ESCENA III.

DICHOS, LEONOR por el fondo cubierta con un velo.

LEO.—Perdida estoy!.... Adónde me condujo mi locura?.... Un hombre!

HERN.—Quién es?

LEO.—Hernando!

HER.—Leonor!.... Qué veo?.... tú aquí?

LEO.—Hernando al fin te encuentro?

HERN. Es sueño ó realidad?.... Qué has venido à hacer?

LEO. Perdon!.... yo te explicaré.

HERN. Pero cómo.... cómo es que has venido?

LEO.—Al verte salir con Avila se levantó en mi alma un infierno de sospechas, de ansiedad, de incertidumbre....

HERN. Ah! ya comprendo!

LEO. Loca, fuera de mí, queriendo descubrir el arcano que envenenaba mi existencia desde hace tantos dias.... oculté sin embargo mi emocion.... la oculté á padre....

HERN. Y luego?

LEO. Salí de casa.... sin que lo supiera.

HERN.—Leonor! qué has hecho?

LEO.—Lo ignoro, lo único que sé es que te he encontrado, que te estrecho entre mis brazos, que te veo....!

HERN.—Pero cómo has llegado hasta aquí?

LEO.—Desesperada recorrí las calles oscuras y solitarias; nada me arredraba, el amor y la desesperacion me daban fuerzas contra el miedo.... No sé que secreto instinto me trajo hasta la casa de Avila, vi la luz de sus salones.... hay una fiesta me dije; Hernando está aquí! Veo que entran aderezadas damas y compuestos caballeros.... muda y temblorosa me junto á ellos, me creen sin duda de su servidumbre porque nadie me impide el paso; busco luego la sombra de los corredores para vislumbrarte desde allí, no te veo; recorro las galerías y la ansiedad no me permite dar tiempo à la reflexion y al fin te encuentro triste y solitario.

HERN.—Pero piensas lo que has hecho?

LEO.—No, lo que pienso es que tu me olvidas.... que tu faltas á tus promesas; que desesperada por tu ausencia y tu desvío no tuve escrúpulo, ni vi obstáculo, para buscarte que celos de tu amor y cuidados por tí, me hicieron olvidarlo todo....

HERN.—Estás loca?

LEO.—Loca! sí, loca de fiebre, de dudas, de desesperacion! Hernando, por qué huyes de mí? por qué faltas á tus promesas?

HERN.—Yo! sí, es cierto.... perdóname, Leonor, yo no soy culpable.... pero es necesario que tu salgas de aquí al instante, que vuelvas á casa....

LEO.—Acompàñame tú!

HERN.—Imposible.

LEO.—Y por qué? ¿esperas alguna cita?

HERN.—No!

LEO.—¿Te retiene alguna mal comenzada aventura?

HERN.—Te juro que no!

LEO.—Te importuna mi presencia?

HERN.—No espero una cita, no me retiene ninguna mal comenzada aventura, pero....

LEO.—Pero qué? Acaba.

HERN.—Mi honra me impide salir de aquí,

LEO.—Y tu honra no te impide faltar á tus promesas?

HERN.—Los celos te ciegan....

LEO.—Sabe que el sufrimiento rompe al fin el valladar de mi paciencia, que hace muchas noches que dudando de tí, lloro y no duermo; que tu desvío ha lacerado mi corazon!

HERN.—Cálmate, por Dios!

LEO.—Dime la verdad Hernando, dímela, que si la verdad me mata, vale mas morir que agonizar en la duda.

HERN.—Leonor, tu me ofendes injustamente, yo te amo, te sigo amando como á la estrella que ilumina

con fulgente luz mi hogar bendito, y con rayos de ternura y de consuelo los últimos años de mi padre....

LEO.—Y por eso me abandonas....

HERN.—Oh, no!.... pero mi fé de caballero me obliga....

LEO.—¿A ser perjuro y desleal....?

HERN.—Tu no sabes todo el veneno que envuelven esas palabras. Yo no he sido para contigo ni desleal, ni perjuro....

LEO.—¿Qué secreto tan negro como mi zozobra me quieres ocultar con esas frases vagas y sin sentido?

HERN.—Yo te lo explicaré.... pero vuélvete á casa.... si padre se apercibe de tu ausencia....

LEO.—Esa idea me hace temblar!

HERN.—Por él, por mi amor te lo ruego....

LEO.—No será antes de que me digas.... no será sin que tú me acompañes.

HERN.—No me exijas imposibles!

LEO.—No bastaba tu desvío para despertar en mi alma un infierno, no bastaba que tuviese que ocultar mis lágrimas al anciano apoyo de mi niñez, á tu padre.... no, preciso era apurar el sufrimiento, venir à encontrarte enmedio de una fiesta.... ¿y en dónde? en el lugar de los amoríos mas escandalosos, en casa de esos fementidos amigos que te arrancan de mi lado.... ¿y cómo?.... Triste y ceñudo como el que espera algo?

HERN.—Ya no es posible contenerme.... escúchame, Leonor, escúchame, te voy á revelar el misterio de mi vida, vas á ver como es digno de competir con tu amor.

LEO.—Al fin!.... gracias, Hernando, gracias!
HERN.—Pero tu volverás á casa.....
LEO.—Sí, sí, pero habla.
HERN.—Escúchame.

ESCENA IV.

DICHOS Y GIL entrando precipitadamente por el fondo.

GIL.—Hernando! Hernando!
LEO.—Ah! (*cubriéndose.*)
HERN.—Qué es....? ah, sois vos!
GIL.—Oidme.... una mujer?
HERN.—Necesito que salga de aquí esta dama sin ser vista.
GIL.—Yo lo procuraré, pero oidme....
HERN.—Qué pasa?
GIL.—Vuestro padre.....
LEO.—(*ap.*) (Cielos!)
HERN.—Mi padre! qué?
GIL.—Con precipitado andar y mal disimulada inquietud nos requiere á vos y á mí en los salones. Esquivé su presencia por poderos prevenir, pero no encontrándome, recorre las galerías....
HERN.—Qué contrariedad!
GIL.—No debe dilatar.
LEO.—(*ap.*) (Que va á ser de mí.)
HERN.—(*ap. á Leonor.*) (Tal vez notó tu ausencia.)

LEO.—(*ap. á Hern.*) (Sàlvame Hernando.)

HERN.—(*ap. á Leonor.*) (Sí.)

GIL.—Preciso es que no os vea.

HERN.—Qué hacer?

GIL.—Escondeos en el fondo de esa columnata.

HERN.—Y esta dama?

GIL.—Allí, en ese aposento.

HERN.—Oigo sus pasos.

GIL.—Entrad pronto. Yo haré que no os busque mas.

ESCENA V.

GIL GONZALEZ, D. PEDRO por el fondo.

GIL.—(Impertinente es el viejo á fé mia.)

PED.—Gracias à Dios que os encuentro Gil Gonzalez. Os busqué en los salones.

GIL.—Bien venido seais y mandad lo que gusteis. Urjente debe ser cuando à esta hora salis de vuestra casa.

PED.—Vine á buscar à Hernando, no lo he encontrado, y preguntaros por él quiero.

GIL.—Háse despedido de mí.

PED.—Cierto?.... (no me engaña?)

GIL.—Salió por el fondo de ese corredor que dà à interiores habitaciones y escusada escalera.

PED.— Y adónde se dirijia?

GIL.—Supongo que á vuestra casa. Si quereis pudiérais alcanzarle.

PED.—Oh, sí!

GIL.—Apresuraos éntonces.

PED.—(Dí con él.... Pero y Leonor?) Gracias.

GIL.—Deber es, y no fineza

PED.—Adios Gil Gonzalez.

GIL.—Señor, adios.

PED.—(Llevo la muerte en el alma.) (*Váse.*)

ESCENA VI.

HERNANDO, GIL GONZALEZ.

GIL.—Hernando, Hernando! al fin se fué.

HERN.—Os dijo su cuidado.

GIL.—No; està intranquilo.... Yo volveré por esa dama; pudiera estorbarnos.

HERN.—Oh, sí, pronto.

GIL.—Ya veo que sois tan afortunado amador, como leal caballero.

HERN.—Volvereis?

GIL.—Sí. Estad mientras atento à la señal.

HERN.—Perded cuidado.

GIL.—Pensad que hay quien os ha entregado su salvacion y su honra.

HERN.—Fiad en mí.

GIL.—Adios y no os haga el amor perder el seso. (*váse Gil Gonzalez.*)

ESCENA VII.

HERNANDO. LEONOR, (Hernando va hácia la ventana, Leonor à su tiempo sale del aposento).

HERN.—Nada se oye.... Infundado es sin duda el temor de Avila.... Oh! cuán plácida nos será la aurora despues de esta triste y borrascosa noche.

LEO.—*(saliendo)*. (Se ha marchado.... pero qué doble sentido envuelven las palabras de Avila?.... Qué misterio ocultan ambos? Qué quiere padre á Hernando? Habrà notado mi ausencia?.... Incertidumbre horrible!) *(se oyen tres palmadas)*.

HERN.—Es la señal.... ó fué ilucion de mis sentidos? *(palmadas)* no, es la señal, sí, yo vuelo....

LEO.—Detente: ¿á donde vas?

HERN.—Leonor déjame!

LEO.—Tú no sales de aquí.

HERN.—Maldicion!.... déjame libre el paso *(palmadas)* (otra vez la señal).

LEO.—No, no,.... tu no te vas!

HERN.—Suelta....

LEO.—Escucha.... detente.

HERN.—Déjame.

LEO.—Espera Hernando.

HERN.—Por Dios.... suelta....

LEO.—No, que la duda me asesina.... ¿á dónde vas?

HERN.—Alguien se acerca.... despues lo sabrás.... pero suelta.

LEO.—Es padre!

ESCENA VIII.

DICHOS, D. PEDRO entrando por el fondo.

PED.—El infierno se desata contra mí! Las puertas estan cerradas!

HERN.—El!

LEO.—Padre! Padre!

PED.—Qué veo! Leonor! Hernando! Qué haceis aquí?.... Por qué abandonaste el hogar?.... pero salvémonos.... los alguaciles invaden la casa.... los caballeros de Avila han sido presos....

HERN.—Qué decis? presos ellos?

PED.—Sí, los he visto cuando intentaban salir.... de órden de la Audiencia decian sus aprehensores.

HERN.—Yo vuelo....!

LEO.—Detente.

HERN.—Aparta.... Me has perdido!

PED.— } Hijo.
LEO.— } Espera.

HERN.—Imposible....! padre, adios, adios! *(váse precipitadamente por la puerta secreta. Telon rápido).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(3 DE AGOSTO DE 1566.)

Una prision.—Puertas al fondo y á la izquierda, ventana á la derecha.—Lámpara en el centro.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CARITAN.

Triste comision à fé mia! y que à soldados de los tercios de Flándes se nos obligue á servir de ayudantes del verdugo, á las órdenes de un alguacil mayor!... no creo que estemos destinados para esto: pero nunca ha sido mi pena tan grande: tienen tal atractivo los hermanos de Avila, es tan encumbrada su nobleza, su porte tan distinguido, tan hidalgas sus maneras y luego al fin y al cabo no son unos malvados... cuál es

su crímen?... conspiraban es cierto... pero conspiraban como valientes. No merecian, ni tan cruel sentencia, ni tan afrentosa muerte.

ESCENA II.

CAPITAN. D. PEDRO.

PED.—Capitan.

CAP.—¿Qué quereis anciano?

PED.—¿Oireis la súplica de un antiguo soldado?

CAP.—Soldado sois! bien vuestro porte lo denuncia.

PED.—Soldado allá en España, y aquí de los de Cortés.

CAP.—Sois de los conquistadores. *(descubriéndose).* Hablad noble anciano, en qué puedo serviros?

PED.—Vos guardais á los desgraciados Avila.

CAP.—Sí desde que la Audiencia ordenó su ejecucion, esperan en estas salas sus últimos momentos.

PED.—Desearia hablar al menor de ellos.

CAP.—A Gil Gonzales?

PED.—Sí, permitídmelo.

CAP.—Pudiérais haber pedido el permiso de los oidores.

PED.—Perdonad, pero la ejecucion será mañana, y no queria perder tiempo.

CAP.—No; mañana no, sino esta misma noche.

PED.—Esta noche! (Era verdad!)

CAP.—Os ha sorprendido?

PED.—Sí por cierto.... Y espero que vos....

CAP.—Me dolería el negároslo.

PED.—No me lo negueis os lo ruego, quiero hablar con Gil Gonzalez.

CAP.—Pero....

PED.—Doleos de la ansiedad de un viejo soldado.

CAP.—Urgente debe ser lo que teneis que hablarle.

PED.—Y mucho, asuntos de familia....

CAP.—No deberia permitiroslo, pero vuestras canas.... ademas ese hombre va á morir y para qué negarle un alivio tal vez; pero os advierto que es inútil que procureis hablarle.

PED.—Inútil decis?.... por qué?....

CAP.—Porque mientras su hermano Alonzo conserva una varonil entereza, y aguarda la muerte con indomable serenidad, Gil Gonzalez....

PED.—Qué hace?

CAP.—Se ha encerrado en un mutismo desesperante. Envuelto en el capuchon de su trage de sentenciado, no habla una sola palabra, no contesta á ninguna pregunta y tranquilo é indiferente se pasea por estas salas. Desde que salió el franciscano que vino á confesarlo, parece que ha entregado su alma á Dios y ni siquiera, como su hermano, ha querido despedirse de sus amigos.

PED.—Y vos no le habeis hablado?

CAP.—Sí, pero han sido inútiles todas mis preguntas.... Con que ya veis....

PED.—No importa, quiero verle.... me oirá al menos.

CAP.—Vuestra insisténcia....

PED.—No sospecheis nada.... le traigo un último consuelo.

CAP.—Si así es, habladle, pero nada os contestará.

PED.—Gracias.

CAP.—No tardará en salir à esta sala. Por ella se pasea frecuentemente. Consoladle, consoladle y decidle, ya que no me ha querido oir, que solo un maldito debér me obliga.... pero que lo siento tanto como vos.... Dios os guarde anciano....

PED.—Id con Dios, generoso soldado.

ESCENA III.

D. PEDRO.

Calma, corazon, calma... Que no te denuncien tus latidos, que no se asomen al rostro tus combates... ¿Cómo pudo salir Gil Gonzalez? ¿Cómo penetrar mi hijo à esta oscura prision? En vano lo intento averiguar.... por aquí se pasea tranquilo é indiferente... y no puedo volar á su encuentro.... oh, no... lo perderia, perderia á todos... alguien se acerca... ¿será él?

ESCENA IV.

HERNANDO Y D. PEDRO, sale Hernando por la izquierda.

HERN.—(Las seis apenas....) *(saliendo.)*

PED.—Hernando.... *(con voz baja.)*

HERN.—Esa voz!.... padre!

PED.—Sí, hijo mio, pero habla quedo, quedo, por Dios.

HERN.—Vos aquí?.... Cómo habeis podido penetrar?.... acaso sabeis?

PED.—Lo sé todo, Gil Gonzalez me dijo....

HERN.—Gil Gonzalez! ¿le habeis visto?

PED.—Sí.

HERN.—En dónde?

PED.—En San Francisco.

HERN.—(Ah!) *(con gozo comprimido.)*

PED.—Cuando abandoné la casa de los Avila con la infeliz Leonor, y el tumulto se habia perdido con las últimas sombras de la noche, salí á buscarte. Llena el alma de cuidados, aflijido el corazon, devorado por horribles presentimientos me lancé á la calle acompañado de Cristobal.

HERN.—Y entónces?

PED.—Estaba la ciudad conmovida; la prision de los Avila que yo presencié cuando en vano intenté salir de su casa, preocupaba todos los ànimos; se hablaba de su probable sentencia, de proyectos de alzamiento, de la prision del Marqués del Valle, y una agitacion sorda y amenazante se presentia en todos los rostros y en las frases entrecortadas de la multitud. Los grupos populares se agitaban en oleadas, ora rugientes y amenazadoras, ora mansas y cobardes ante los aprestos militares de la Audiencia. «En San Francisco se reunen,» decian varias voces y vuelo á San Francisco.

HERN.—Y allí?....

PED.—Allí estaba Avila, rodeado de la comunidad entera y de armados caballeros.... Lucian los blandones sobre el altar, el órgano inundaba con majestuosas armonías las bóvedas del templo.... las puertas entre abiertas apenas dejaban penetrar á unos cuantos.... ¿Qué pasó por mí al encontrar á Avila y no verte?.... no lo sé!.... Al descubrirme, una mal comprimida angustia se denuncia en su rostro y nos dice á mí, y á Cristobal que me acompañaba tan pesaroso como yo: «Noble anciano..... buscais à vuestro hijo.... Está en mi lugar..... Salvóme de mi prision.... yo le salvaré á mi vez.... Antes que el hacha del verdugo caiga sobre su cuello, esta misma noche, él y Nueva España serán libres. Os lo juro por mi fé de caballero.» Y volviéndose á los suyos perdióse por el claustro. Esta misma noche me habia dicho y ya el sol alumbraba con sus últimos rayos las ventanas del coro y la luz de los blandones se reflejaba

en el pàlido rostro de las sagradas imájenes. Salgo de allí, corro apresurado, pugno por abrirme paso entre la multitud, me lo abro al fin, suplico, ruego á los que custodian esta prision y al fin te encuentro.... y puedo salvarte. Aun es tiempo, Hernando.

HERN.—Qué quereis decir padre?

PED.—Que aun puedes mostrarte á tus guardianes.

HERN.—Nunca!

PED.—Hernando....

HERN.—Oidme padre y vos mismo decidireis de mi suerte.

PED.—Habla.

HERN.—En donde nacieron los primeros gérmenes de la idea que me condujo aquí, vos lo sabeis mejor que yo. Comunero de Castilla, soldado de Villalar, las hazañas de aquellos caballeros, caidos pero no vencidos en la defensa de sus fueros fué el primer ejemplo que vuestros lábios me citaron.

PED.—Pero esos fueros.....

HERN.—Murieron en España, es cierto, y en afrentoso cadalso; pero vivian aquí en el corazon de los proscriptos y de los desterrados; los trajo á esta tierra la conquista, unidos à la fé del cristianismo!....

PED.—Tu deliras, hijo.

HERN.—No, padre? Con la vida me disteis un nambre que proscribió la tiranía, es mio ese nombre y su vindicacion es mi derecho.

PED.—Y por eso conspiras, traidor contra tus reyes?

HERN.—Yo traidor? no padre! traidor seria si devorase en silencio la proscripcion del nombre que me disteis, traidor á mi linaje si olvidase los ultrajados

fueros de nuestra antigua nobleza. Traidor, sí, traidor contra Dios y contra la memoria de aquella noble tlaxcalteca que me dió el ser, si viera indiferente y apàtico la servidumbre de su raza, de su raza la aliada de vosotros los soldados de Cortés, no la esclava!

PED.—Y fratricida ibas á esgrimir el acero en contra de tu patria y de tu raza?....

HERN.—Invocais el nombre de la patria?.... Si mi patria es esta tierra, porque en ella nací, porque sus brisas tropicales fueron el primer murmurio de mi vida, porque bajo su cielo azul y despejado se meció mi cuna y se cerró el sepulcro de mi madre.

PED.—Pero esos sentimientos no te pueden obligar á un generoso y bárbaro sacrificio.

HERN.—Ellos solos tal vez no, pero oidme padre, oidme bien: yo pude, yo debí, yo juré evitar la prision de los Avila.... ¿por qué no lo hice?.... Solo Dios sabe mi inocencia!.... Al oir de vuestros propios lábios que los Avila estaban presos, loco, fuera de mí, con el remordimiento en el alma y la vergüenza en el rostro, volé á San Francisco..... todo era allí luto y desesperacion..... una idea cruzó mi mente.... queria reparar el mal que habia hecho.... la digo y una esperanza brilla en todos los ojos....

PED.—Y entónces?

HERN.—Entonces fué cuando con el hábito de humilde franciscano penetré á esta prision.... cambié con Gil Gonzalez mi traje, y él salió para impedir esta sentencia injusta ó perecer en la demanda.

PED.—Y él aceptó!

HERN.—Se trataba de la salvacion de él, preso por mí, de la salvacion de nuestra causa.

PED.—Pero si Gil Gonzalez nada puede hacer?

HERN.—El volverà á esta oscura prision....

PED.—Pero si no vuelve? si no puede volver?

HERN.—Entónces, decidme, padre: ¿qué debe hacer el que empeñó su palabra?

PED.—Entonces.... tienes razon!.... morir!

HERN.—Gracias padre, gracias. Al fin me comprendísteis!

LEO.—*(adentro)* Dejádmele ver.

CAP.—*(adentro)* Me parece inútil.

LEO.—*(adentro)* Por Dios os ruego.

CAP.—*(adentro)* Entrad.

PED.—Esa voz!

HERN.—Oh!.... Es Leonor! Qué viene á hacer!

ESCENA V.

DICHOS, LEONOR.

LEO.—Hernando.

PED.— } *(á un tiempo y corriendo hácia ella)* Calla.
HERN— }

HERN.—Qué vienes á buscar?

LEO.—Vengo á salvarte.

HERN.—Qué dices?

PED.—Tú sabes?

LEO.—Cristobal me lo dijo todo.... que Avila está libre.... que Hernando en su lugar iba á recibir la muerte!

PED.—No!.... Leonor no!....

LEO.—Tú no debes morir.... no puedes morir!

HERN.—Calla por Dios!

LEO.—No puedo callar.... mis celos, mis dudas te han perdido.... perdóname Hernando, perdóname...

HERN.—(Oh!) Cálmate Leonor....

LEO.—Muéstrate á tus guardianes, diles quien eres....

HERN.—Imposible.

LEO.—Sálvate por Dios, y mâtame despues.

HERN.—Silencio, silencio... yo recobraré mi libertad, pero silencio....

LEO.—Ya la multitud impaciente rodea el cadalso frente á las casas de cabildo, ya las campanas de todas las iglesias envían al cielo sus toques de agonía.... Ya se acerca la hora terrible....

PED.—Avila vendrá antes.

LEO.—No puede ya venir.... no tiene tiempo de venir....

PED.—Vendrà, sí....

LEO.—Por piedad Hernando.... si tu mueres que será de mí.... Llorais padre?

PED.—Quién! yo? no!

LEO.—Sí, vuestras làgrimas mal comprimidas ruedan à vuetro pesar.... lo ves Hernando? duélante ya que no mi aflicsion las làgrimas de padre....

HERN.—*(ap.)* (Humano corazon, quien te comprende, te halaga la idea misma de la muerte y una sola làgrima te hace extremecer.)

LEO.—Por piedad....

HERN.—Leonor,.... padre,.... ese toque que os espanta es el toque de libertad, esas antorchas van á alumbrar nuestra triunfo y libre, sí libre y en vuestros brazos, volveré á nuestro hogar y á vuestro cariño, y contentos, unidos para siempre;.... pero callad, callad por Dios, una palabra, un grito puede perdernos....

LEO.—Sí, yo callaré.... pero ¿Avila vendrà á salvarte?

PED.—Aunque sea bajo el hacha del verdugo.... él lo salvará,.... me lo juró por su fé de caballero.

LEO.—Pero si no viene tu lo diras todo, ¿no es cierto Hernando? Tu no te dejaràs matar.... *(Redoble adentro.)*

HERN.— }
PEDR. — } *(á un tiempo.)* (Ah!) *(grito ahogado.)*

LEO.—Por qué enmudeces?

PED.—*(ap. á Hern.)* (Es la señal?)

HERN.—*(ap. á Ped.)* (Sí.)

LEO.—Qué nuevo misterio me ocultan vuestros mudos lábios?

PED.—*(ap. á Hern.)* (Y Avila no viene....)

LEO.—Respondedme.... Hernando, padre por qué callais?

HERN.—Leonor.... *(ap.)* (Debo ir.) *(redoble.)*

LEO.—Te alejas....?

PED.—Hijo....

HERN.—*(ap á Ped.)* (Por mi honra, padre.) Leonor, vuelvo....

PED.—*(ap. á Hern.)* (Si él no viene....?

HERN.—*(ap. á Ped.)* (Lo ha jurado.) Leonor, perdóname; yo te consagraré mi vida, seré tu esclavo, yo volveré á tu lado.... *(ap.)* (No puedo mas.... vámos.)

PED.— } Hijo.....
LEO.— } Espera....

HERN.—Yo volveré.... sí.... (En Dios lo espero!) *(saliendo por la izquierda.)*

ESCENA VI.

D. PEDRO, LEONOR.

PED.—Detente! oh, no!.... debe ir.... Avila lo salvará... lo ha jurado! *(volviendo al primer término.)*

LEO.—Padre, padre, qué significan vuestro trémulo acento vuestras inquietas miradàs? *(yendo hácia él.)* Qué indicaba ese toque inoportuno?

PED.—Ese toque!.... era el toque de muerte....

LEO.—De muerte!.... qué decis?

PED.—Escuchad.... Dentro de poco Gil Gonzalez con los suyos responderà al primer llamamiento del verdugo con el grito de libertad!

LEO.—Luego Hernando ha ido al suplicio!.... luego era cierto!

PED.—Sí, pero va á salvarse....

LEO.—Y sois padre!.... Y le dejó ir vuestro corazon de roble!

PED.—Oh! calla!.... Pero escucha, *(murmullo adentro)* Parece el ruido de lejano combate.... El alzamiento ha estallado! *(redoble lejano.)*

LEO.—No, es la muerte que llama de nuevo á su presa!

PREGON.—*(adentro, algo lejos.)* «Esta es la justi-«cia que manda hacer el rey N. S. y en su real nom-«bre la Audiencia de Nueva España en las personas «de Alonzo y de Gil Gonzalez Dávila, por delito de al-«ta traicion.—Quién tal hizo que tal pague!» *(redoble lejano.)*

PED.—Ahora.... Ahora es tiempo!

LEO.—Ya nada se oye....!

PED.—(Y Avila no llega!)

LEO.—(Sàlvalos virgen santa.)

PED.—(Que pavoroso silencio.)

LEO.—(Me abandona la esperanza.)

PED.—(Comienzo à temblar.)

LEO.—Oid.... oid.... álguien se acerca.... son pasos....

PED.—Sí por ese corredor.

LEO.—Es Hernando?

PED—El debe ser!

3 2044 010 403 541

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

CANCELLED

FEB 01 1991 ILL